

## El País Convaleciente

\* \* \*

Hay mucha gente que, llevada por su descontento (los tiempos, en verdad, no son buenos), exagera su ira hasta el punto extremo de atribuir ciertos males actuales, no a la causa última de los problemas, al fondo de las cuestiones que se plantean, sino a la forma política que el país decidió en las urnas en 1956. Se vuelven a pronunciar esos lugares comunes, verdaderas falacias políticas, que proclaman que el Perú no está preparado para la Democracia, que hace falta una mano fuerte, que la autoridad está socavada, etc. Y, tácita o expresamente, manifiestan esas voces cierta nostalgia por los regimenes que en los comicios de hace dos años decidimos los peruanos desterrar para siempre. Claro que tales propagandistas del sistema dictatorial no son la inmensa mayoría de la ciudadanía, pero se trata, en general, de gente influyente y con alcances persuasivos.

Todos sabemos que la casi totalidad de quienes así se expresan resuellan por la herida de sus intereses parcial o absolutamente afectados, pero hay algunas gentes de buena voluntad que se unen a ese coro en la ignorancia de que, al opinar como él, están conspirando contra sí mismos. Porque lo que falla no es la Democracia sino los hombres que la encarnan, cuyo espíritu muchas veces no es el democrático. Para ser demócrata no basta aceptar las normas que rigen la elección: es indispensable pensar que el derecho prevalece por sobre todo en todo tiempo. Es una sensibilidad, una cultura, una visión del mundo.

Si se opina que los hombres que elegimos en 1956 nos han defraudado, por su falta de sentido democrático y por su olvido de los deberes contraídos con respecto a la ciudadanía, nosotros los electores somos los culpables. Pero la democracia nos da la salida: pasado el período para el cual han sido nominados, podemos cambiarlos e, inclusive, juzgarlos. Mientras tanto, tenemos más de una tribuna en donde expresar nuestro desacuerdo para con la política del régimen y para denunciar sus errores. Eso es lo que el sistema del "hombre fuerte" no nos permite. No hay que echar a saco roto esto: la política y la vida de un país sometido a la dictadura dependen del dictador, de sus caprichos, sus neurosis, sus gustos, y los vicios que tenga, no sólo, en tal situación, está prohibido que se señalen, sino que merecen el elogio de las camarillas adulatorias. Y el silencio general.

La Democracia tiene un precio. Adecuarse a ella tras tantos años de absolutismo, enérgico o blando, da lo mismo, requiere un proceso que no es rápido. Estamos en un período de convalecencia y los virus de la corrupción política no han sido totalmente extirpados del cuerpo nacional. Debido a la existencia de tales rezagos no vayamos, por falta de reflexión, de madurez y de equilibrio, a propiciar la recaída. Menos la mayoría, que con la consolidación de la Democracia, con su definitivo arraigo, será a la postre y para siempre la beneficiada.